

dice en ellos;—se oía el roce de las hojas torpemente manejadas;—vean lo que dice:

«La modestia es indispensable á las muchachas.»
¿No es esto una excelente lección?... Pues escuchen ustedes ahora: «El progreso de todos no puede obtenerse sino merced á la moralidad de cada uno.»
¿Qué tal? ¡Ya ven ustedes cómo la hemos educado!... ¡Y nunca ha ido sola á la fábrica!... ¡Y los domingos!... Les digo que como mi hija vuelva, la mato!...

Las respuestas surgían irregularmente, tímidamente. Un hombre decía como hablando consigo mismo:

—Yo no haría más que pegarla.

—Los muchachos de ahora... se ven solicitados por muchas cosas—añadía otro.

Y una mujer murmuraba sin explicarse más:

—No nos ayudan lo que debieran, Mulot, no nos ayudan.

Y se hizo completamente de noche y Silvia no había vuelto aún.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
V. 1625 MONTERREY, MEXICO

La cerca de espinos.

HE pasado parte de la Cuaresma y los quince días siguientes á la fiesta de Pascua de Resurrección en una comarca que considero muy hermosa. Apenas me atrevo á decir, como el poeta, que me parece muy digna de ser amada. Me refiero á la Beauce. Esta región es monótona para los que la cruzan en el tren; es grande y hermosa para los que en ella viven. En cuanto á que carece de bellezas, estoy dispuesta á sostener y á demostrar que no hay injusticia mayor—hablo de las injusticias que se cometen con las cosas.—La Beauce tiene las mismas ondulaciones que la mar en calma, el mismo aspecto, plácido, uniforme, unido; tal vez haya en ella menos árboles que barcos en la mar; entre las colinas que la rodean da la impresión de una fuerza prodigiosa, incapaz de reposo, activa y oculta en las profundidades adonde la luz no llega, pero que surge de cuando en cuando, y sube á la superficie y se revela en un remolino, en una sacudida, en reflejos que tie-

nen todos los colores del iris. Lo sé, no por haber soñado—las solteronas no deben soñar—sino por haber estudiado esta llanura elocuente que se extiende en torno del parque de mi hermana. Vivimos en la cima de una loma que apenas tiene unos cuantos metros de elevación, y en cuyas laderas, prolongadas, regulares y desnudas por todas partes, no hay otro camino que una avenida sin árboles de ninguna especie y que corre en línea recta por entre los prados. En la cima hay un castillo del siglo XVIII, un bosquecillo y unas tapias alrededor. En una colina semejante á esta, y á tres kilómetros de distancia, está el pueblecillo. Nos contemplamos sin molestarnos. No hay otros vecinos por aquellos contornos; el pueblecillo es el caserío más inmediato, el más pobre y el más castigado bajo la infinita extensión del cielo, por el sol y por la lluvia. Aun cuando todos sus habitantes gritaran al mismo tiempo, sus voces se extinguirían antes de llegar á otro pueblo, y, arrastradas por el viento, irían á morir en los trigales verdes ó en los trigales dorados. Los vecinos de este pueblo, están, lo mismo que nosotros, rodeados por los trigos; son indígenas de una isla minúscula, circuída por las sedosas ondas de la hierba, por las olas más grandes y susurrantes de las espigas. En otoño, durante dos meses, el aire *sabe á pan*. Esta es nuestra riqueza. Cultivan demasiado para que las demás plantas, las silvestres, las delicadas, las que necesitan sombras perennes tengan tiempo de aclimatarse. Pero todo lo que el aldeano siembra, á mano ó con la sem-

bradera, avena, centeno, trébol, alfalfa y trigo, sobre todo el trigo, que es lo que más se cosecha en la Beauce, perfuma el ambiente.

Sin embargo, conozco un matorral, uno solo. Está á la mitad de la ladera, camino del pueblo; tendrá un centenar de metros de longitud, y es frondoso, desigual, el único monumento de la naturaleza libre, con sus flores blancas que se abren y mueren antes de que broten las hojas verdes, con sus mirlos que no tienen otro refugio durante la noche, con sus labradores que duermen á su sombra, con sus vagabundos que observan los alrededores y hasta con sus enamorados. Es un seto de espinos, la última cerca, restos de una época en la que los límites entre las tierras parecían fortalezas:

Ahora bien: para instruir, pasear, vigilar y entretener á los tres niños de mi hermana, teníamos una muchacha que se llamaba la señorita Brígida. ¿Tenía otro nombre además del de pila? Estuve mucho tiempo sin saberlo. Nosotras la queríamos, lo que no es muy común; y ella nos correspondía, lo que es rarísimo. Yo no la había visto nunca llorar y pensaba: «Afortunadamente para ella, esta chiquilla está aquí libre de las asechanzas del mundo, porque es una bobalicona que se dejaría engañar por el primer fatuo que se le presentara; es una pobre muchacha demasiado sabihonda, demasiado shakesperiana, demasiado lamartiniiana, demasiado aficionada á leer revistas, y que, seguramente, será incapaz de dirigir una casa. Por for-

tuna, los trigos de la Beauce la defienden de los hombres.» Mi hermana era de mi misma opinión. Pero sólo podemos ver bien las almas los días de tormenta, á la luz de los relámpagos, y en nuestro hogar hacía siempre un tiempo delicioso. Brígida era muy distinguida, alta, elegante, rubia, y tenía los ojos azules y con unas pestañas muy largas, como los de las muñecas. Nos la habían recomendado poniendo por las nubes su distinción. Tenía, en efecto, unos modales muy bonitos, y muchas veces me preguntaba yo en qué se advertía la humildad de su origen. Sólo descubría algunos indicios, pocos y muy ligeros. Los domingos por la tarde tenía permiso para salir, y casi siempre la veíamos encaminarse hacia el pueblo, con un libro en la mano. «En toda la Beauce no hay otra feligresa como Brígida; nunca falta á vísperas.»

Un domingo entré en el cuarto de Brígida, y me acerqué á la ventana, en cuyo alféizar poníamos á secar nuestras fotografías. Al pasar junto á la mesa, ví la cartera abierta, y en una hoja de papel secante blanco y muy grueso, cuatro líneas de la letra firme y segura de la institutriz, cuatro líneas que habían quedado impresas recientemente en el papel, y la primera de las cuales, que reconstituí sin darme cuenta, decía: «Si, querido Felipe...» Me creí obligada á continuar: «el domingo, junto á la cerca, como de costumbre.»

¡Como de costumbre!

Corrí á la ventana. No había más que un seto en toda la región; allá, en la mitad de la ladera, una man-

chita verde que se destacaba en medio de los trigales. ¿Sería posible? ¡Una cita! ¡Y no era la primera! No me he quedado para vestir imágenes para no atreverme á ir inmediatamente á averiguar lo que hacía Brígida.

Bajo, cojo en el recibimiento mi sombrilla, atravieso el jardín, salgo por la puertecilla falsa y héteme ya en la ladera de nuestra colina, en los sembrados desiertos, por los que nadie pasa más que yo.

Esto era á mediados del verano pasado. Recuerdo que el calor era sofocante, que yo iba muy de prisa y que mis miradas se dirigían incesantemente hacia el seto encubridor. ¿Debía acercarme á él directamente ó dar un rodeo? Resolví dar un rodeo, y cuando llegué al sitio en que se acentúa más la depresión del terreno, torcí á la derecha y tomé un sendero que rodea la colina en que se asienta el pueblo. Al cabo de media hora de marcha me detuve. El seto, visto de costado, formaba como una cúpula por encima de las espigas y todo parecía desierto, tanto de un lado como de otro. Pero la creencia de que todo esto no era más que una apariencia, de que Brígida se hallaba á cien metros de mí, de que me había visto, de que se burlaba de mí, de que nos había engañado á todos, de que iba á ser necesario despedirla delante del testigo que yo me figuraba encontrar; y por último, el cansancio y lo difícil de mi situación, me habían exasperado, y repetía las frases que había ido preparando por el camino, las frases crueles y merecidas con las cuales la saludaría.

Hacia el seto subía un sendero y por él me aventuré; pero apenas había andado veinte pasos cuando me detuve de nuevo. Acababan de salir ambos de detrás del seto y venían hacia mí. Tuve tiempo de observarles, porque iban muy despacio y charlando. Cuando estuvieron cerca, ví que la institutriz estaba muy pálida, y que su nóvio, un muchacho decentemente vestido, alto, recio, con la cara demasiado larga y que lo parecía más aún por la barba terminada en punta, debía preguntarle en voz baja: «¿Debo quedarme para ayudarte á defenderte?» A lo que ella respondió en voz alta: «Vete, querido Felipe, vete. La señorita no me denunciará.»

—¡Me gusta!—exclamé yo,—tengo el deber...

—De no decir nada,—interrumpió Brígida,—y voy á demostrárselo á usted.

El joven se descubrió, saludó y nos dejó solas.

—No tengo nadie que se interese por mí, nadie más que él—prosiguió la institutriz.—Le conocí este invierno en Orleans, durante la temporada que pasamos allí. Es dependiente de una tienda y ahora va á establecerse por su cuenta. Somos novios. Esta es la cuarta vez que viene á hablarme aquí...

—¡Muy bien, la felicito á usted, porque verdaderamente está muy bonito!

—¡Oh!—dijo,—las muchachas pobres como yo no pueden elegir horas. Ustedes hacen lo que quieren, pero yo, ¿cómo había de arreglarme? Si yo hubiese pedido permiso para recibir á Felipe en el castillo y

para pasearme con él por el parque, ¿le hubiera parecido bien á la señora? ¡Y los niños! ¡Y las visitas! ¡Y los criados! ¿No es verdad lo que digo?

—Tal vez.

—Entonces, no me denuncie usted. Ayúdeme. Necesito trabajar tres meses más para poder hacerme la ropa. Y debe usted comprender que cuando dos personas se quieren necesitan verse... El seto no pertenece á nadie, por eso venimos á él.

Brígida se expresaba atrevidamente con una emoción que alteraba su rostro, con un acento de rudeza popular que su espíritu, por el estudio y el contacto con personas bien educadas, había perdido, pero que su corazón, ordinariamente silencioso, había conservado. En aquel momento su corazón era el que hablaba. Yo creía tener delante de mí una de las pobres á las que socorre la Asociación á que pertenezco.

Volvimos al castillo. Ella necesitaba seguir defendiéndose, porque yo callaba, y sobre todo abrirme su corazón lleno de secretos.

Me habló de su familia dispersa, de su infancia miserable, de sus esfuerzos para instruirse, de sus decepciones, de sus proyectos para el porvenir. Yo me iba apaciguando poco á poco. Ella recobraba la confianza y yo volvía á advertir otra vez la finura de lenguaje, la exactitud en la entonación, la corrección exquisita á que debía Brígida su reputación. No tardé en tapparla con mi sombrilla. El sol abrasaba. Brígida se acercó más á mí. Cuando llegamos á la puerta del parque,

me volví y, en tanto que á lo lejos oscilaba el matorral agitado por el aire abrasador, le dije:

—Es usted una muchacha honrada y la creo. Mi hermana sería seguramente más severa: no diré nada.

Me dió las gracias llorando de alegría y fué á reunirse con sus discípulos.

Por la noche, ya muy tarde, paseaba yo por entre los árboles á la luz de la luna, cuando ví venir á Brígida. Me estaba buscando para darme las buenas noches. En aquel momento se me vino á las mientes una pregunta que me había hecho ya á mí misma más de veinte veces: ¿cómo una muchacha tan distinguida se había enamorado de un hombre que no poseía su instrucción, que ni siquiera tenía su misma educación, ni sus mismos gustos? No me costó trabajo provocar la confesión.

—¡Oh!—me dijo.—¡Si supiera usted lo bueno que es! No consentirá que yo haga todo el trabajo de la casa. Tomaremos una asistenta y hasta una criada si fuese necesario. No quiere que yo sufra.

Por segunda vez había dicho una frase propia del pueblo bajo; me había abierto su corazón, y para definir su amor, había hablado del eterno sueño, del que arrastra á las multitudes en seguimiento de un hombre. «¡No quiere que yo sufra!»



VI

La trágica.

LA encontré en la esquina de la calle del Sena, ó por mejor decir, me dirigí hacia ella al verla pasar por delante de las primeras casas del muelle Malaquais. Por la energía de sus ademanes, por la emoción con que sus manos—sus largas manos ardorosas—estrecharon las mías, comprendí que no me equivocaba.

—¿Está usted muy contenta, no es verdad?—la pregunté:

No respondió á mi pregunta, pero me dijo:

—¡En estos cuatro años no ha cambiado usted nada! ¡Oh! ¡Pero es que nada!

Deseaba oirme repetir la misma frase: «Usted tampoco ha cambiado», pero yo pensaba precisamente lo contrario y ella lo adivinó sin apesadumbrarse por ello. Nos contemplamos con no disimulada curiosidad.

Yo sentía el rayo de sus pupilas fijo en mi traje poco adornado y de una hechura no muy moderna, en mis mejillas, en mi sombrero y en mis guantes de hilo; y yo

estudiaba, tal vez con más disimulo, las lindas galas vaporosas—encajes, plumas, volantes—de entre las cuales emergía triunfante el cuello de Edmunda Sargent, el cuello redondo, de líneas puras, como una playa en la pleamar, el cuello flexible y arrogante de aquella flor ya marchita por el tiempo. Tenía, si no recuerdo mal, treinta y dos años. Yo reconocía perfectamente y admiraba, pero merced á un pequeño esfuerzo que no necesitaba antes hacer, á aquella á quien su tío llamaba «la rubia trágica.» Bajo la sombra y los reflejos de sus cabellos, vi aquellas facciones demasiado acentuadas, tal vez un poco duras, y aquellos ojos que recuerdo haber envidiado, porque eran lípidos é imperiosos, como si estuvieran destinados á mandar. «¡Trabaja!—le había dicho el tío.—Con tu belleza, tu voz, tu memoria y tu temperamento apasionado, no tienes más que quererlo para ser una gran trágica.» Edmunda pertenecía á la clase de la sociedad más metódica y más apegada á las tradiciones. Su padre, que había sucedido á su abuelo, tenía una tienda de objetos de piel llamada «El Antílope», en el barrio de Nuestra Señora de Loreto. Tenía ingenio, como tantos otros tenderos de París; cierto buen gusto que le hacía adivinar las preferencias probables de su parroquia, y le permitía no encargar á los peleteros, sus colaboradores, más que objetos de fácil venta y de un estilo ya en consonancia con la moda. Poseía una fortunita, pero, desgraciadamente, tenía también, tenaz como una hipoteca pero mucho más agradable, un hermano arrui-

nado que dormía en su casa, comía y bebía á su mesa y se sostenía y dominaba á todos por dos cosas: porque criticaba siempre los dibujos que presentaban al amo, y porque alababa exageradamente á su sobrina. Este parásito descubrió la vocación de Edmunda; eligió el profesor de declamación; acompañó á Edmunda á las clases; estimuló el amor propio de la joven que estudiaba y del padre que pagaba; asistió á las primeras representaciones en público; refirió, exagerándolos, los primeros triunfos de salón de la «trágica», y supo crear en el tranquilo entresuelo, encima de la tienda de objetos de piel, una atmósfera de ensueño y de ilusión que comenzaba á disiparse. Y á la sazón era él quien se quejaba, quien hacía expiar sus faltas á los que nunca habían sacado ningún provecho de ellas. «¡No me has hecho caso!—le decía á su hermano.—¡Has tenido miedo del Conservatorio, del Teatro, de separarte de Edmunda, de todo! Á no ser por ti, tu hija sería ya célebre. Ganaría millones, y en vez de ganarlos, como no tiene título, apenas la conocen. Á pesar de su talento admirable, no adelanta nada. Las lecciones dan poco; las veladas para las que piden una trágica, son raras, cada vez más raras. Gusta más la comedia, porque los tiempos son tristes y los pensamientos lúgubres. Y como el negocio anda mal y tú nunca has entendido una palabra de arte, ¿qué porvenir nos espera? Tú, tu hija y yo mismo nos veremos en la miseria. ¡Y tuya será la culpa.»

Yo recordaba estas confidencias de Edmunda Sar-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"F. ANSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

gent á quien había visto en algunas reuniones y que se había encariñado conmigo, porque yo le había dedicado un cumplimiento que se dirigía más bien á la mujer que á la actriz. Y en aquel momento volvía á encontrarla en mi camino. Sus ojos brillaban lo mismo que antes, pero estaban rodeados de un cerco azulado. Su tez era aún deslumbradora, pero ya había pasado esa época de la juventud en que todos los matices se funden.

—Puesto que me lo ha conocido usted en la cara, —me dijo Edmunda,—confesaré que, en efecto, tengo una esperanza, una esperanza muy grande, desde hace unos días... Va á estrenarse un drama nuevo, un drama extranjero... Todavía es un secreto... Han hablado de mí al traductor y ahora voy á su casa.

Me miró con la alegría de otros tiempos y añadió:

—¿Por qué no se viene usted conmigo? ¡No diga usted que no! ¡Véngase! Estoy segura de que delante de usted recitaré mejor. Declamaré para usted. Tendré público: dos personas... Y estaré más serena. ¡Venga usted!

Me volví. El sol de Marzo hundíase en el Sena, rodeado de nubes. Edmunda y yo nos dirigimos rápidamente hacia ese lado. La cita era para las cinco. ¿Qué me importaba, después de todo, ir á una casa desconocida, sin previos anuncios ni presentaciones? He hecho tantas visitas de esta clase á los pobres, que ya estoy acostumbrada.

El traductor vivía en un cuarto piso, en una casita

llena de colgaduras. El gabinetito en que nos introdujeron parecía una cajita acolchada, un manguito con una ventana y una puerta, porque no se veían más que tapices, cortinones y alfombras por todas partes.

—Aquí no resonará la voz,—me dijo Edmunda inclinándose hacia mí.

Y ví que se turbaba.

Entró el literato. Era joven, delgado, frío; vestía con estudiado desaliño y llevaba la cabeza algo inclinada hacia delante, como si le pesase mucho. Tenía el bigote castaño, con grandes guías que subían á lo largo de sus pálidas mejillas y se abrían por último en abanico. Creo que estaba dotado de una vista excelente, pero jamás olvidaré el arte con que supo manejar sus ojos, clavándolos haciendo un esfuerzo y como si se apartasen con trabajo de alguna visión interior, en la vulgar y temblorosa Edmunda; entornándolos y manteniéndolos inmóviles, sin una sonrisa, sin una llamada, sin comunicarles una expresión cualquiera sobre todo de galantería, y fingiendo que se absorbía completamente, únicamente, fatalmente en la contemplación de aquélla que no era para él una mujer, sino la intérprete posible, la que tal vez llegase á expresar la Idea. El literato creía en todas las mayúsculas en cuanto imaginaba que tenía alguna relación con su persona. Estudiaba á Edmunda como á una obra de arte ó como á un hermoso animal. ¡Oh, aquel desprecio! Me parece que ella no advertía nada. Por su

parte él, que tenía muy desarrollado el sentimiento del ridículo, no parecía sospechar que no á todo el mundo le producen vértigos los abismos. Tanto ella como él representaban un papel sin darse cuenta. Cuando el literato juzgó que la meditación había durado bastante tiempo, dejó que se disipase la especie de bruma que velaba su mirada, y, con dulce gravedad, como convenía, dijo:

—Quítese usted el sombrero y el abrigo.

—Sí—contestó vivamente Edmunda—prefiero recitar sin sombrero y con los brazos libres... He estudiado la escena principal entre Gudmund y Margit... Usted hará el favor de contestarme, ¿no es verdad?

El traductor se volvió por vez primera hacia mí, y sospechando que este vestidillo negro no iba muy amenudo al teatro, murmuró:

—Es *La Feria de Salhang* de Ibsen; una maravilla.

Estaba cerca de la ventana, de espaldas á la luz, con las manos cruzadas atrás y apoyadas en su mesa.

En el fondo de la habitación, Edmunda, con el rostro contraído, el ceño fruncido, los labios entreabiertos, los brazos tendidos para acusar y para implorar, rejuvenecida por la pasión y por las densas sombras entre las cuales se destacaba su figura, recitaba ya la parte de la mujer del anciano Benght, en el momento en que su amigo de la infancia vuelve proscrito y la interroga.

—¡Escúchame atentamente—comenzó mi amiga—y lo comprenderás! Para mí la vida es sombría como

noche sin estrellas. Nada podrá mitigar mi dolor, porque he vendido mi juventud; he trocado mi esperanza de ventura por un poco de oro. Me he encadenado con mis propias manos. Créeme, el oro vale bien poco. ¡Oh, qué dichosa era yo cuando ambos éramos niños; éramos pobres, nuestra casa era modesta, pero en mi corazón florecía la esperanza!

Del otro extremo del salón vino la contestación, nada vibrante, á pesar del sentido de las palabras.

—Y ya se adivinaba tu soberana belleza.

—Sin duda,—continuó Edmunda,—pero fueron los elogios los que me perdieron. Tuviste que marcharte al extranjero, ¡ay! y la armonía de tus cantos resonaba siempre en mi corazón y mi ánimo se contristaba al recordar lo pasado... Después, los pretendientes acudieron de todas partes y, por último, me casé con el que hoy es mi marido.

—¡Oh! ¡Margit!—dijo Gudmund sin convicción.

—No pasaron muchos días,—prosiguió la actriz,—y ya derramaba yo amargas lágrimas. Mi única dicha fué pensar en ti, mi amigo y mi pariente. ¡Cuán solitario me parecía el inmenso palacio de Salhang!

—Dispense usted, señorita,—interrumpió el juez,—¡No es eso!

Edmunda no era ya la actriz trágica. Era la mujer que teme portarse mal en un examen, que trata de comprender la observación, que se humilla delante del examinador y que sonríe para agradarle, sobrecogida de espanto. Había palidecido.

—No comprendo, maestro,— dijo con amabilidad.— Explíquese usted...

El literato clavó los ojos en el techo y lentamente, recalcando las palabras, contestó:

—No es eso. Ese párrafo carece de armonía. Se ha precipitado usted. Hay cierta progresión en las ideas. Fijese bien. Margit no entrega su secreto en el primer momento. Primero habla con fingida reserva; después espera ver el efecto que han causado sus primeras confidencias; luego se va animando y no confiesa su amor hasta el final...

Siguió hablando. A mí me parecía que Edmunda había declamado muy bien, pero, en aquel momento mi amiga no pensaba en defenderse. Conocía la inutilidad de una contradicción y decía:

—Sí, maestro, ya comprendo perfectamente... ¿Quiere usted que sigamos?

Siguieron. Edmunda no declamó tan bien como antes, porque sufría horriblemente. Y cuando terminó la escena, el literato sólo respondió á su muda y angustiada interrogación con frases ya escuchadas en otras ocasiones y propias para matar toda esperanza. «Ya veremos... La dicción es excelente... con un poco más de estudio haría usted una Margit admirable. Si por mí fuese, le diría á usted que empezase á estudiar el papel esta misma noche; pero tengo que consultar á mis amigos...» Edmunda no respondió. Ni sé si escuchaba ya. Se puso el sombrero, se prendió febrilmente el velillo, y se echó sobre los hombros su

capita adornada con encajes y su boa de pluma blanca.

Entretanto, el literato se acercó á mí, y en voz baja, deseoso de evitar que el ensayo se repitiese, me dijo:

—No tiene disposición para el teatro su amiga de usted. Ha nacido para casarse.

Aunque había hablado muy bajo, Edmunda debió oírle, porque observé que se estremecía.

—¿Viene usted?—me dijo.

En la calle, en donde la obscuridad había reemplazado á la luz del sol, sólo cambiamos pocas palabras. Edmunda fingía abrigar aún alguna esperanza. Yo no podía decirle cuánto la compadecía, y por este motivo me despedí de ella en seguida. Pero, apenas nos separamos, me puse á seguirla. La veía de lejos, andando muy de prisa, con la cabeza levantada, indiferente á todo lo que pasaba en torno suyo. Al cruzar un puente, me pareció que un hombre la tropezaba al pasar y la hablaba. Ella volvió la cabeza un instante, encolerizada; en aquel momento debía recordar la frase cruel que acababa de oír: «¡Su amiga de usted ha nacido para casarse!» ¡Para casarse! Siguió su camino, cada vez más nerviosa. ¡Entonces sí que me parecía trágica! Cuando llegó á la puerta de su casa, se detuvo un momento en la desierta acera, antes de llamar, y ví que sus brazos caían al mismo tiempo á lo largo del cuerpo, con un ademán de cansancio y de abandono, como si dejase allí una esperanza, un sueño, ó tal vez, por el contrario, una decepción que no era necesario llevar consigo.